

La cultura

Antonio Bascones Martínez
Presidente. Real Academia de Doctores de España
antbasco@odon.ucm.es

La Real Academia de Doctores de España presenta una virtualidad que la dota de una especial cualidad que es la pluridisciplinaridad que rezuma en sus diferentes secciones. Esto le dota de un aspecto importante además del puramente científico, y es el de la cultura que transmiten sus académicos a lo largo de sus intervenciones. ¿Pero qué es la cultura? Podríamos decir que es el poso que queda después del estudio y el conocimiento. Algo que, adquirido en los libros, ha dejado un barniz diferente en las personas. Una persona culta es totalmente distinta de otra que no lo es. La cultura nos da una pátina especial para enfrentarnos con los problemas de nuestra realidad diaria. Pero es que la cultura puede ser entendida con una visión más amplia ya que, no es solo el conocimiento dejado por los libros, sino también existe una cultura de la concordia, de la paz, del diálogo, del entendimiento, de la palabra, en definitiva. Y eso no es ciencia infusa, sino que nace con el tiempo, con la lectura, con el enriquecimiento de las tertulias, de las conversaciones, en una palabra, de los encuentros con el espíritu que anida en nosotros y que lo dejamos fluir en ameno discurso. Es como el agua remansada del estanque que, poco a poco, se desborda en un continuo destilar. Es innato e imperceptible, pero hablar con una persona culta es totalmente diferente de hacerlo con una que no lo es. Nos lleva por derroteros insospechados, por caminos de una estética vivificadora.

La cultura se adquiere desde pequeño y entraña no solo el estudio y conocimiento de la literatura, pintura, humanidades, arte en sus diferentes expresiones sino también la manera de expresarla y transmitirla.

Para comprender mejor al hombre se debe prestar más importancia a lo que es él y no tanto a su posición. Es más importante su yo, sus cualidades, su forma de pensar, en una palabra, su ser y hacer, que lo que vale en la vida. En nuestra academia vamos modelando estas virtudes, aprendiendo a comprender a los otros, distintos enfoques, pensamientos e ideas. Todo ello defendido de una manera cabal.

En nuestros días se da la mención de excelencia a ciertas personas que, por su nivel y categoría en la sociedad, representan un estatus especial. Acorde con el mismo se utiliza este término. Pero la realidad intrínseca del concepto, que yo quiero enmarcar en estas líneas, no se refiere al ropaje externo de las personas, sino, más bien, a lo más íntimo, a lo verdaderamente intrínseco que las hace ser especiales. Solo unos pocos son acreedores de la excelencia. Es consustancial con lo más sagrado y es privativo de la actuación de cada persona en los diferentes momentos de su vida. El ADN exclusivo del pensamiento es lo que marca a los individuos y lo que les distingue. A un lado la excelencia, en el otro lo excelente. Pero para ser excelente es necesario poseer la cultura en sus diferentes vertientes.

El saber utiliza el substrato de los conocimientos, pero no de una manera estática, sino que los incorpora, analiza, interpreta, relaciona e integra en una red de pensamiento, y siempre de una manera dinámica. El hombre que posee una buena carga de conocimientos recibe el nombre de erudito, mientras que al que dispone de saberes se le debería llamar sabio. Son personas dotadas de una reflexión personal, de una mirada diferente al mundo que les rodea. Es una condición diferente que hace al hombre más sensato en el saber y más justo en lo moral. En la Academia encontramos estos lugares de meditación, de madurez lo que no quiere decir que no podamos encontrarlo en otros lugares, pero es innegable que el ambiente es propicio para ello.

La sabiduría se alcanza al volver el recodo de la vida y echar la vista atrás, el conocimiento se tiene cuando vemos camino por delante. La sabiduría necesita de la expresión de la palabra. Es necesario transmitir el conocimiento con la palabra reflexiva y prudente. Los sabios griegos la utilizaban en el ateneo, en los paseos y en las tertulias.

Es necesario afirmar que siempre transmitirá, de una manera distinta, el profesor a través de la letra, que el maestro que necesita el concurso del ejemplo y del valor moral y ético. Así pues, el profesor está en una vertiente diferente del maestro. Aquel es el hombre culto que transmite conocimientos, que ha llegado al colofón intelectual, y este es el que además transmite valores y principios. Son dos niveles distintos y complementarios. Podíamos decir que el profesor sabe y enseña y que el maestro sabe, enseña y ama. Con su ejemplo, día a día, modela, esculpe la personalidad de sus discípulos. Es un escultor de la identidad.

Nuestros académicos pertenecen a este segundo grupo: el de los maestros que saben aplicar en su trabajo los valores morales. Esto hace que ello sea excelente, por encima del grado de Excelencia del que muchos presumen sin ocuparse en pensar en lo importante, en que el núcleo de pensamiento está en lo otro: en lo excelente, en la educación en valores y en principios que deben dirigir nuestro pensamiento y actitud.